3834

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

DUDAS
Y SOMBRAS,

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

EDUARDO NAVARRO GONZALVO.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1875.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARÍA	SRTA. RUIZ.
ALBERTO	SR. YAÑEZ.
DON JUAN	SR. FRAILE.
ENRIQUE	SR. VENEGAS.
UN CRIADO	SR. GALÉ.

Esta obra es propiedad de D. Eduardo Hidalgo, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados representantes de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Salon amueblado con lujo. En el fondo una puerta de cristales, que se supone da al jardin. Al lado de esta puerta, (derecha,) una ventana grande de cristales, practicable y cubierta con un rico cortinaje; á la izquierda de la puerta un pequeño armario-biblioteca, lleno de libros; en la pared, y sobre este armario, una panoplia con una escopeta de dos cañones y todos los útiles de caza. Puertas laterales, derecha é izquierda, cubiertas tambien por cortinajes. Un velador pequeño con un servicio de café, cerca del proscenio.

ESCENA PRIMERA.

ALBERTO, D. JUAN.

Aparecen entrambos sentados cerca del velador, tomando café. La cortina de la ventana está descorrida.

JUAN. (Encendiendo un cigarro.)
Excelentes brevas!

ALB. Son
las primicias de una caja,
regalo de un buen amigo
que regresó de la Habana
hace muy poco.

672301

JUAN. El tabaco,
siendo bueno, me entusiasma.
(Breve pausa: fuman: D. Juan consulta de pronto un reloj.)
¡Caramba! Las siete y media;
á las ocho en punto pasa
el tren por aquí...

ALB. En efecto,
y es muy breve la parada. (Pausa.)

JUAN. (Como tomando una resolucion.)
Desde esta mañana admiro
las plantas y flores raras
que encierra vuestro jardin;
vuestros cuadros, vuestras armas,
todo lo he visto y de todo
hemos hablado. Mi marcha
se aproxima y de negocios
no hemos dicho una palabra.

ALB. (Distraido.) Es la verdad!

JUAN. Nuestro amigo
don Cárlos de Santa Olalla,
en una atenta misiva
me suplicó visitara
á usted en su posesion
para asuntos de importancia.
Recibí una carta ayer,
tomé el tren esta mañana
y vine, pero á las ocho
abandono esta morada,
porque urgentes atenciones
en la córte me reclaman.
Conque si á usted le parece...

ALB. Me inspira usted confianza...
tiene usted bello carácter,
talento...

JUAN. Un millon de gracias!
¡Ea, el abogado escucha
despues de apurar su taza.
(Apuran las tazas y aproximan las sillas. Pausa breve.)

ALB. (Con mucha tranquilidad.)
Yo deseo separarme

de mi mujer.

JUAN. ¿Eh! ¿Se trata
de un divorcio?

ALB. Sí; y deseo
que usted defienda mi causa
como abogado.

JUAN. Un momento.
¿Separarse! Cosa extraña.
Yo he visto á usted dulce, tierno,
amante, en una palabra,
con su esposa todo el dia!
¡Yo no sorprendí en sus caras
las huellas del sufrimiento!
Tan sólo sonrisas francas,
miradas dulces, tranquilas...

ALB. (Interrumpiéndole con viveza.)
Es que las penas del alma,
relegadas en su fondo
ocultan las carcajadas,
como el cieno de los lagos
ocultan las verdes aguas!
¡Ay, si una mano imprudente
turba la apacible calma
de la tersa superficie
donde el cielo se retrata,
convirtiendo en ola infecta
sus movibles esmeraldas,
y ¡ay, si una frase maldita
viene á desgarrar la llaga
que en mitad del corazon
vive mal cicatrizada...
entónces, en nuestra frente,
en la frase, en la mirada,
se ve aparecer el fondo
que nuestro ser ocultaba,
y al cristal de nuestros ojos
se asoma el lodo, y lo empaña!...
¡Por eso entrambos vivimos
en aparentes bonanzas,
temblando de remover
el odio de nuestras almas!

JUAN. Don Alberto...

ALB. Perdonad.
Perdí un instante la calma!

JUAN. Una explicacion sucinta
y en detalle, de las causas
en que apoyarnos debemos
para entablar la demanda,
es cuanto yo necesito...

ALB. Está bien. Va usted á escucharlas.
(Se recoge por un momento y dice con fria expresion y mucha naturalidad.)
Hace ocho años, el lazo
matrimonial enlazaba
dos amantes corazones
del santo altar en el ara;
el mio y el de María.
Entónces... ¡ella me amaba!
Dos años más tarde, un hijo
vino á alegrar nuestra casa.
Hoy esa niña es el lazo
que aún á la tierra me ata.
¡La quiero tanto!... Prosigo,
la narracion comenzada.
Un dia, hace ya dos meses,
hallábame yo de caza,
que es mi pasion favorita
y mi diversion más grata,
cuando al caer de la tarde
noté en mí una cosa extraña
y una horrible postracion
que mis fuerzas enervaba.
¡Sentía sobre mi frente
el peso de una montaña!
Sin duda el calor del dia,
lo largo de la jornada,
no lo sé; llegué; mi esposa
me sirvió un vaso de agua
que pedí, besé la niña
y me dirigí á esta sala.
Entré; triste y soñoliento
me tendí en una butaca,
—en aquella.—Á poco rato
observé que se acercaba

mi María; unos instantes
me miró, cual si tratara
de asegurarse si yo
dormia... por no inquietarla
fingí dormir, sin decirla
de mi mal ni una palabra,
y con recatado paso
la ví abandonar la estancia.
No sé si sueño ó letargo
mis sentidos dominaba,
ni cuántas horas pasé
tendido en esa butaca;
sólo al despertar, recuerdo
que un rayo de limpia plata
vino á quebrarse en mis ojos.
Era la luna que entraba
á través de esos cristales;
me levanté, á la ventana
me dirigí y al jardin
tendí la ansiosa mirada:
era una noche apacible,
serena, diáfana, clara;
el limpio azul de los cielos
mil estrellas matizaban,
y ni una nube importuna
con sus encajes velaba
el fulgor del astro hermoso
de la noche. ¡Quién pensara
que en noche tan apacible
mis pesares comenzáran!
De pronto, en rústico banco
distingo una forma blanca
que se mueve... ¡era mi esposa!
á su lado en dulce plática
estaba un hombre... era Enrique...
un jóven que frecuentaba
á título de vecino
y de amigo nuestra casa!
Contemplo absorto la escena.
Suenan las diez, se levantan
y juntos hasta la verja
llegan del jardin, se paran,

tiende su mano María,
avaro el doncel la guarda
entre las suyas; la luna
mi desventura alumbraba!
Despues... hácia sí la atrae,
en dulce abrazo la enlaza,
y un beso en su frente impura
sus labios de fuego estampan...
¡Y ella ni grita ofendida,
ni furiosa le rechaza,
ni al torpe halago se opone,
ni el rostro culpable aparta!...
Tembló... me apoyé en los vidrios
y quedé como una estátua!

JUAN. ¿Vió usted á los dos!

ALB. ¡Si los ví?

JUAN. ¿Está usted seguro?

ALB. El alma
testificó en su agonía
lo que mis ojos miraban!

JUAN. Continuad!

ALB. Partió el hombre,
y ella retornó á la casa
pensativa, absorta, triste,
y con insegura planta
entró aquí otra vez. Ahogué
dentro del pecho la rabia,
y ni un gesto, ni un gemido
revelar pudo á la ingrata
de mi pobre corazon
las mal comprimidas ansias.

JUAN. Y despues?

ALB. Al otro dia
con nosotros almorzaba
mi odioso rival...

JUAN. ¡Y entónces
sorprendió usted acaso?...

ALB. Nada!
ni una frase, ni un descuido
que su pasion revelára!

JUAN. Quizá la noche anterior
ofuscado...

ALB. (Interrumpiéndole.) Por desgracia,
lo que allí mis ojos vieron
fué la realidad amarga.
Quedamos solos: mi brazo
enlacé al suyo y temblaba;
la miré, miróme ella,
y con reposada calma
la dije con blando acento:
«María, sé que me engañas!»
JUAN. Y ella?
ALB. Me escuchó anhelante,
quedó densamente pálida
y calló.—«No lo negueis,»
—continué.—«Enrique os ama,
y vos le amais! Os he visto
en sus brazos...»
JUAN. Y ella?...
ALB. Calla,
y ansiosamente me mira
con el espanto en la cara.
«Anoche, junto á la verja,
os acordais?...» Una lágríma
bañó sus hermosos ojos,
y no dijo una palabra!
«Ya sé lo que debo hacer,»
proseguí; «de vuestra falta
quiero ahorraros la vergüenza
porque la vergüenza mata!
¡Tengo un hijo; que él ignore
que así su madre le infama!...
Vuestra confesion escrita
vais á darme; será el arma
que sobre vos suspendida
me garantice el mañana;
y, ¡ay! si me obligais un dia
por vuestras culpas á usarla!
¡Escribid!» Se resistía,
la hice sentar, áun dudaba,
la dí el papel y la pluma...
JUAN. ¿Y escribió?
ALB. ¡Vea usted su carta!
JUAN. ¿La obligó usted!

ALB. La obligué:
ella escribió; yo dictaba.

JUAN. (Leyendo.) «Alberto, no puedo ni debo resis-
»tiros; me obligais á confesar, y lo haré; soy
»culpable; os he engañado vilmente; En-
»rique Guzman es mi amante; indigna de
»perdon, pídoos tan sólo indulgencia, mi-
»sericordia. María.»

ALB. Guardadla como la prueba
mejor de nuestra demanda.

JUAN. Pero esta carta es tan sólo
una especie de fianza
para el porvenir.

ALB. Es cierto...

JUAN. Una constante amenaza...

ALB. Para eso la quise.

JUAN. Y bien,
pues no puede usted usarla
como prueba...

ALB. Eso sería
si la adúltera malvada
motivos no hubiese dado
desde entónces!

JUAN. ¡Ah!...

ALB. Me engaña;
subsisten las relaciones,
no han cesado, y mi venganza,
quiero decir, mi justicia,
va á comenzar.

JUAN. Dos palabras,
y ahora no es el abogado,
es el amigo quien habla;
respecto á *él* yo supongo
que usted castigue...

ALB Las armas
decidirán la cuestion;
le haré ese honor, que las manchas
del honor el hombre honrado
con sangre sólo las lava!
Mas esto á mí solo atañe.

JUAN. Tiene usted razon! Y se halla
ese hombre aquí?

ALB. Partió.
JUAN. Dónde?
ALB. No sé; pero en las entrañas
de la tierra sabré hallarle.
Quiere usté algo más?
JUAN. No, nada....
ALB. Y bien, puede usté encargarse
de este asunto?
JUAN. Sí!
ALB. (Levantándose y estrechándole la mano.)
¡Mil gracias!
Le dejo á usted un instante;
voy á reemplazar la bata
por la levita, y saldremos
juntos.
JUAN. ¡Para qué? Cercana
está la estacion...
ALB. No importa.
JUAN. Á qué es molestarse...
ALB. Nada...
vuelvo en seguida!
JUAN. Aquí espero.
(Váse Alberto.)
¡Pobre jóven... quién pensara!...

ESCENA II.

D. JUAN, á poco MARÍA.

JUAN. ¡Y parece un hombre honrado,
un perfecto caballero!
¡Oh, la mujer, la mujer,
ángel con alas de fuego,
que hasta el cielo se remonta
ó se revuelca en el cieno!
MARIA. (Precipitadamente y con ansiedad.)
Caballero...
JUAN. (¡La culpable!)
Señora... (Yéndose.)
MARIA. ¡Oh... deteneos! (Le detiene.)
¿Usté ha aceptado un encargo
de mi marido?...

JUAN. No acierto...
MARIA. Alberto quiere el divorcio,
la separacion...
JUAN. Yo siento...
MARIA. Usté, abogado y amigo
se encargará de este pleito,
¿no es verdad?...
JUAN. ¡Si usted lo sabe!...
MARIA. Luego es así?
JUAN. No lo niego.
MARIA. ¡Oh!... Don Juan, pero es preciso
que usted se niegue...
JUAN. No puedo
complacer á usted, señora;
ya dí mi palabra.
MARIA. Pero
es que usted lo ignora todo,
y hay un horrible secreto,
una razon harto grave
que lo impide!
JUAN. Será cierto;
pero al ménos, si es posible
que yo la sepa...
MARIA. Al momento,
mi marido...
JUAN. Acabe usted...
MARIA. Está loco!
JUAN. ¿Loco! ¡Cielos!
será verdad ¿Y las pruebas?
porque no acierto á creerlo
sin las pruebas: yo le he visto
tranquilo, grave, sereno,
y sin que el menor indicio
denuncie ese mal funesto.
MARIA. ¡Luego usted piensa que yo
soy culpable?...
JUAN. Nada pienso,
pero...
MARIA. Si usted me escuchara!
JUAN. Hable usted. La escucho atento.
MARIA. Y sé de memoria, todo
cuanto á usted ha dicho Alberto...

JUAN. ¡Sí!...
MARIA. Mas debo declarar,
ante todo, y lo primero,
que es el mejor de los hombres,
el más generoso y bueno,
y que yo le amo, le amo!
JUAN. Bien, señora, comencemos.
MARIA. Esa enfermedad cruel
que me ha robado su afecto
apareció de repente
brusca, inesperada; aún tiemblo
al recordar de aquel dia
los malhadados sucesos!
JUAN. Si usted quisiera explicarme...
á la ciencia de Galeno
no soy profano, y tal vez...
MARIA. ¡Oh fortuna, es usted médico?
JUAN. Aficionado no más;
aunque he estudiado, no ejerzo.
Prosiga usted.
MARIA. Há dos meses,
poco más ó ménos,
dice Alberto, y asegura,
¡terrible alucinamiento!
que en el jardin una noche
y junto á la verja...
JUAN. Eso
me ha referido, que un hombre...
MARIA. ¡De pensarlo me estremezco!
En lazo impuro y traidor
me estrechó contra su pecho
y yo no le rechacé!...
JUAN. Eso afirma don Alberto!
MARIA. ¡Oh, señor, aquella noche,
se lo juro por el cielo,
bajé al jardin, pero sola,
sin que ese maldito encuentro
exista más que en la mente
de mi esposo!
JUAN. Sí? (Indaguemos.)
Ántes de salir de aquí,
no observó usted con empeño

si su marido dormía
en esa butaca?

MARIA. Cierto.

UAN. Y para qué?...

MARIA. Solamente
con el natural deseo
que al jardin me acompañase
si se encontraba despierto.

JUAN. Y... le encontró usted dormido?...

MARIA. Me lo pareció á lo menos.

JUAN. Siga usted.

MARIA. Cuando de vuelta
de aquel nocturno paseo
regresé, le ví asombrado,
muy pálido y algo serio...

JUAN. Y nada dijo?

MARIA. No, nada.

JUAN. Conformes. (Qué será esto?)

MARIA. Al otro dia almorzaba
en casa un amigo nuestro,
don Enrique de Guzman.

JUAN. ¿Un vecino...

MARIA. Y compañero
asíduo, de juego y caza,
de mi marido. El almuerzo
fué breve; pero observé,
con extrañeza y con miedo,
que Alberto nos expiaba
por primera vez; los celos,
con relámpagos de ira,
dejáronme ver su fuego
en el cristal de sus ojos,
ántes dulces y serenos!
¡Confieso que me aterré
ante aquel descubrimiento!
Solos ya... ¿Qué he de deciros
que no adivineis! Frenético,
fuera de sí, ¡qué de insultos
y terribles improperios
me prodigó! Temblorosa,
sin voz, casi sin aliento,
escribí una carta horrible

que me exigió!

JUAN. Fué mal hecho:
que es imprudencia harto grave
escribir tales conceptos
en una mujer.

MARIA. Don Juan,
en semejante momento
hubiera yo escrito más
si más me dicta! Que al verlo
me pareció que la vida
se escapaba de su pecho!

JUAN. (¿Será inocente?) Y Enrique
desde aquel dia no ha vuelto
á la quinta?

MARIA. No!

JUAN. Y usted
de su extraño alojamiento
sabe acaso?...

MARIA. Sí, yo misma
se lo supliqué, temiendo
alguna desgracia.

JUAN. ¡Ah!...
Y podré saber el medio
que usted se valió, señora,
si no es pecar de indiscreto,
para el caso?

MARIA. Revelarle
á Enrique el fatal secreto
no me pareció oportuno.
Él tenía mucho tiempo
descuidados sus negocios
en la córte; mis consejos
se redujeron tan sólo
á que se ocupase de ellos
y partiera.

JUAN. Y... partió?

MARIA. Sí.

JUAN. Y sospechó?...

MARIA. No lo creo.

JUAN. De manera que él ignora
cuanto pasó?

MARIA. Por completo.

JUAN. Ni nada sabe tampoco
de la enfermedad de Alberto?
MARIA. Nadie mas que usted y yo
la conocemos!
JUAN. ¿Qué objeto...
MARIA. De ocultarla? Mi marido
tiene intereses inmensos
á su cargo como agente
de negocios, y...
JUAN. Comprendo...
y si esto se divulgase...
MARIA. La ruina!
JUAN. (Esto es muy serio!)
¡Y usted afirma que es
inocente?
MARIA. (Ofendida.) Caballero,
¡lo he dicho ya!
JUAN. Mil perdones!
(En conjeturas me pierdo!) (Breve pausa.)
MARIA. Podré esperar que el amigo
atienda á un humilde ruego?
JUAN. Señora... veré otra vez
á su esposo... y yo la ofrezco...
(Arroja el abrigo sobre una silla.—Aparece un Criado con una tarjeta.)

ESCENA III.

DICHOS, el CRIADO.

CRIADO. Señora.
MARIA. ¿Qué...
CRIADO. Esta tarjeta
han traido hace un momento.
MARIA. ¡De Enrique!
JUAN. Ha llegado...
MARIA. Sí!...
CRIADO. Y envía ese caballero
á decir que muy en breve
vendrá á ofrecer sus respetos
á la señora.

MARIA. Bien, vete. (Váse.)
¡Qué terrible contratiempo!
JUAN. ¡Va á venir?
MARIA. (Turbada.) Yo no sabía,
ni esperaba su regreso!
Qué va á pasar, cielo santo,
entre los dos? Me estremezco.
Hoy he notado en la voz,
en la actitud, en el gesto
de mi marido, los síntomas
de la crisis...
JUAN. No comprendo...
MARIA. Cuando está más razonable,
más tranquilo, más sereno,
sobreviene como un rayo
ese lamentable acceso;
y anoche, como otras veces,
padeció un calor intenso,
otra señal precursora
del ataque!
JUAN. (Será cierto?)
MARIA. No nos abandone usted,
por piedad!
JUAN. Sí, sí... me quedo!
MARIA. ¡Oh, gracias!
JUAN. (Veré á los tres
reunidos!)
MARIA. Que premie el cielo
tanta bondad; gracias, gracias! (Váse.)
JUAN. (¡Si yo aclarase el misterio!)

ESCENA IV.

D. JUAN, ALBERTO.

ALB. Estoy listo!
(Invita á D. Juan á que salga delante.)
JUAN. Mil perdones,
pero esta hospitalidad,
desearía... la verdad...
prolongarla.
ALB. (Asombrado.) (¿Qué intenciones

serán las suyas?) Me ajusto
en todo á vuestro capricho.

JUAN. Si molesto...

ALB. ¡Quién ha dicho
cosa tal?... Es de mi gusto
vuestra permanencia aquí.

JUAN. Quiero que hablemos mañana...

ALB. (Sonriendo.)
¡Comprendo... la empresa es vana!

JUAN. ¿Está usted resuelto?

ALB. Sí.

JUAN. ¿En cuanto al lance...

ALB Tambien!
Tras de la separacion
sabrá hallar mi corazon
de la venganza el eden:
que roto el cristiano lazo
que hoy nos une, se amarán
tranquilos y se verán!...
¡le mataré en su regazo!

JUAN. ¡Quién sabe! La suerte sola
decide á veces; quizá...

ALB. Descuidad... no escapará
del cañon de mi pistola.
Dirá usted, y yo convengo,
que es sobrada confianza
tener tan loca esperanza...
y sin embargo... la tengo!

JUAN. Ademas, el interés
para mí recomendable
de averiguar si es culpable
vuestra esposa...

ALB. ¡Sí lo es!
Yo ese interés, claro está.
le agradezco á usté en el alma;
obsérvela usted en calma
y usted se convencerá!

JUAN. Tal vez mis dudas explique,
pues aún abriga mi mente
al mirarla frente á frente
de Enrique...

(Desde este momento, D. Juan observa con mu-

cha fijeza y atencion á D. Alberto, estudiando sus ademanes, voz, etc.)

ALB. ¿Cómo de Enrique?
Pues no recuerda usted ya
que no está en el pueblo; ha huido.

JUAN. No estaba... pero ha venido...

ALB. ¡Ha venido?... ¡Dónde está?...

JUAN. Su tarjeta ha remitido...

ALB. ¡Y que el infame se atreva!...
¿Y quiere usted otra prueba
de que éntrambos me han vendido!

JUAN. ¡Oh! la tarjeta en cuestion
nada prueba.

ALB. ¡Cómo no?
¡Y quién lo asegura?

JUAN. Yo
que la he visto!.

ALB. Corazon,
por qué cobarde has cesado
de latir? ¡Infausta suerte!...
Vive, no me des la muerte,
vive, que no estoy vengado!...

JUAN. Calma.

ALB. De horrible sufrir
ahogándome está la hiel!...
(Sube á la ventana como para aspirar ambiente más puro: al lanzar su mirada hácia el jardin retrocede espantado.)
¡Dios de justicia!... ¿No es él!
¡Oh, traidor! ¡Vas á morir!
(Se dirige con rabia á la panoplia, D. Juan le detiene.)

JUAN. Tened...

ALB. No! ¡Cuál se apresura!
¡Y por su suerte fatal
de esa puerta en el umbral
va á encontrar la sepultura!

JUAN. (Que ha mirado por la ventana.)
¡Guzman de Perales?...

ALB. ¡Oh...
le conoceis?

JUAN. Compañero

de colegio ha sido, y quiero...

ALB. ¡Conque es vuestro amigo!

JUAN. No!

ALB. ¡Usté encontrará razon
que disculpe al ruin villano!
¡Si es su amigo!...

JUAN. (Tendiéndole los brazos.) ¡Usté es mi hermano,
mi hermano del corazon!

ALB. (Abrazándole conmovido.)
¡Perdon! ¡Estalló el volcan
y me abrasaron los celos!
Tendré calma! (Sollozando.)

JUAN. (¡Llega!)

ALB. Cielos!...

ENR. (En la puerta del foro.)
Señores!...

ALB. (Serenándose por un esfuerzo supremo se vuelve á él y le tiende la mano sonriendo.)
¡Hola, Guzman!

ESCENA V.

DICHOS, ENRIQUE.

ENR. Héme de regreso al fin,
y mi visita primera
es á usted, mi caro amigo!

ALB. No sé yo cómo agradezca...

ENR. ¿Y la señora?

ALB. María?
Perfectamente!

ENR. Tan bella,
y tan dulce, y tan amante
con su esposo!

ALB. Es una perla...

ENR. ¿Y la niña?

ALB. Con la madre.

ENR. Tan linda, tan pizpireta,
tan graciosa...

ALB. Gracias!

ENR. ¡Oh,
ya estoy anhelando verlas!

ALB. Sin duda por ese anhelo

no reparó usted siquiera
en un conocido antiguo...
(Mostrando á D. Juan.)

ENR. Mi memoria no recnerda...
¿Este caballero...

ALB. Es
don Juan Gomez y Ledesma...

ENR. ¡Es verdad! ¡Querido Gomez!

JUAN. Aprieta, Enriquillo, aprieta!

ENR. ¡Diez años sin verte!

JUAN. Sí,
que es mayúscula la fecha!

ENR. No era fácil conocerte!

ALB. Puesto que ustedes se encuentran
como en su casa, dispensen
unos momentos de ausencia.
Quiero dar á mi mujer
una agradable sorpresa,
noticiándola el regreso
de usted...

ENR. Pero tal molestia...

ALB. (Riendo.) Molestia? No sea usted tonto,
hasta luégo!

ENR. Adios!

JUAN. ¿Qué cuentas?

ESCENA VI.

ENRIQUE y D. JUAN.

ENR. Bien poco, chico, tú en cambio
ya sé que subes, progresas
por tu talento!

JUAN. ¿Me embromas?

ENR. Hombre, si toda la prensa
te llama el jurisconsulto
eminente, la lumbrera
de nuestro foro! De lejos
yo te admiraba!

JUAN. Bien, deja
las bromas á un lado.

ENR. ¿Bromas!

Repito que hablo de veras.

JUAN. ¿Te has casado?

ENR. ¡Nunca!...

JUAN. No?

ENR. Eso me horripila!

JUAN. ¡Ea,
que te hablo formal!

ENR. (Riendo.) Y yo!

JUAN. Y... piensas hacerlo?

ENR. (Con seriedad cómica.) Es fuerza.
Tengo una prima muy rica,
que es un ángel de belleza,
murmuran que somos novios,
y la familia se empeña...
¡Compadéceme!

JUAN. Muy bien,
hay que sentar la cabeza.
Dí, hablando de otra cosa,
qué tal la familia esta?

ENR. ¿La de don Alberto?

JUAN. Sí.

ENR. Pues no es tu amigo?

JUAN. Ahora empieza
por ser cliente.

ENR. ¿Algun pleito?...

JUAN. Sí, nada, una bagatela.
¿Le conoces hace mucho?

ENR. Dos años; la primavera
anterior, como vecinos
intimamos; su franqueza
estrechó las relaciones...

JUAN ¿Y es un caballero?...

ENR. En regla:
noble, digno, dulce, afable.

JUAN. (¡Le elogia!)

ENR. Sus bellas prendas
le granjean el aprecio
y la estimacion sincera
de cuantos le tratan.

JUAN. Sí?
y ella?

ENR. ¿La señora? Esa

un modelo de virtudes,
casta esposa, madre tierna,
amiga dulce y afable;
toda una dama perfecta!

JUAN. (Sonriendo con malicia.)
Te expresas con un calor!...

ENR. No pronuncies una ofensa,
es una santa!

JUAN. Me alegro!
(¿Qué pensar?) Por su modestia,
su ameno trato, y su rostro,
ya me pareció que era
cual tú la pintas!

ENR. Silencio,
la venturosa pareja
se acerca á encontrarnos.

JUAN. Sí...
(¿Será posible que mientan?)

ESCENA VII.

DICHOS, ALBERTO y MARÍA.

ALB. Ya tienes, amiga mia,
á Enrique de vuelta.

MARÍA. Sí?...

ENR. Señora...

MARÍA. Enrique...

ALB. (¡Cuál fingen,
y cuán inútil fingir!)

ENR. Libre al fin de los negocios
enfadosos que en Madrid
me retuvieron, hoy torno
de nuevo otra vez aquí.

ALB. Si ustedes gustan, la tarde
es espléndida, el jardin
convida con dulces brisas
y aromas á discurrir
por sus calles solitarias.

MARÍA. Vamos... (Ofreciéndole el brazo.)

ALB. Yo no puedo ir,
tengo que hablar un momento

con don Juan.

MARIA. (Sentándose.) Entónces...

ALB. (Haciéndola levantarse). Id
vosotros, yo iré á encontraros
muy en breve.

ENR. (Ofreciendo su brazo á María.) Siendo así,
si á usted le place...

MARÍA. Bien, vamos...
(¡Temblando estoy!)

ALB. (¡Oh, mi ardid
los pierde.)

ENR. Vamos?...

MARIA. (Á Alberto.) No tardes!

ALB. ¡Bah, no os inquieteis por mí!

JUAN. (¿Qué proyecta?) (Vánse.)

ALB. ¡Miserables!!
¿No quiere usted inquirir
la secreta inteligencia
que los une? En el jardin
hay enramadas sombrías,
la noche en breve, á cubrir
va con su manto de sombras
la tierra; solos allí
su corazon imprudente
los venderá, y su deslíz
podrá usted escuchar oculto,
sin ser visto...

JUAN. Por San Gil,
me convierte usted en espía,
que es el papel más ruin...

ALB. ¡Quién sabe si su inocencia
podrá usted probar así!

JUAN. Me repugna!

ALB. Bien, entónces
no trate usted de impedir
que cumpla yo este deber,
que es para usted tan ruin!
(Coge un par de pistolas de la panoplia, las examina friamente y se las guarda.)
Cargadas: perfectamente.
¡Oh, si llego á percibir
una frase enamorada,

alguna caricia vil,
ruegue usted á Dios por entrambos,
que los dos van á morir!

JUAN. Don Alberto...

ALB. Todo inútil!

JUAN. Si usted se engañase al fin!...

ALB. Yo sorprenderé en sus ojos
la dicha que ya perdí;
y en vano ocultar querrán
lo que anhelo discurrir,
que las flores del amor
sus cálices al abrir,
por los pétalos enseñan
las ansias de la raíz! (Váse corriendo.)

JUAN. ¿Estará loco... ¡Adivino
en su horrible frenesí
no sé que vago desórden...
¡Oh, yo debo prevenir
á María! ¿Y si es culpable?
¡No sé que hacer, pésia á mí!
(Se acerca á la ventana y observa con ansiedad.)
Los busca... sigue sus huellas
con una ansiedad febril...
Allí están... ¡ya los ha visto...
se oculta tras ellos... ¡si!...
¿Qué va á suceder, Dios mio,
si es verdad que hay un desliz!
Le han visto sin duda... vienen
con paso breve hácia aquí!...
Parece que huyen de Alberto...
¿Tendrán razon para huir!...
Procuremos evitar
algun suceso infeliz!
(Váse precipitadamente foro derecha. Aparecen por el foro izquierda Maria y Enrique.)

ENR. Hemos llegado!

MARIA. (Dejándose caer en la butaca.) ¡Ay de mí!

ESCENA VIII.

ENRIQUE, MARÍA.

MARIA. ¿Le vió usted? ¡nos espiaba!

¡Fatal alucinacion!

ENR. Tras esa revelacion,
señora, que no esperaba,
aseguro á usté en conciencia
que no me hubiese movido
del sitio, que hubiese oido...

MARIA. He temido una violencia.
¡He sufrido tanto!

ENR. ¡Y lejos
todo este tiempo de usted!
Mi amistad, mi buena fe,
mi cariño y mis consejos,
quizá hubieran conseguido
las sospechas ahuyentar
y las sombras disipar
que su mente han invadido.
¿Por qué usted no me llamó,
y á mi amistad noble y pura
tan horrible desventura,
pena tal, no confió?

MARIA. Contra el rudo padecer
con que hoy la suerte me inmola,
he querido luchar sola,
lo quiero!

ENR. ¡Pobre mujer!

(Enrique, apoyado sobre el respaldo de la silla en que está sentada y sollozando María: brevísima pausa. Aparece en el foro D. Juan. Al verle, Enrique corre hácia él; María se levanta.)

ESCENA IX.

DICHOS, D. JUAN.

D. Juan los contempla un instante en silencio.

JUAN. (¡Juntos! Estoy indeciso.)

ENR. La situacion es muy grave,
ayúdanos, Juan...

JUAN. (Á María, con gravedad toda la escena.)
¿Ya sabe
don Enrique?...

MARIA. Fué preciso
mi secreto revelar,
pues que importaba al señor.
JUAN. Hubiera sido mejor
sin duda alguna callar!
MARIA. ¡Cree usted quizás?...
ENR. En su espanto
temió por él y por mí,
y el secreto sorprendí
entre raudales de llanto.
MARIA. ¡Ni á qué ocultar mi afliccion
si mañana por mi mal,
tal vez ante el tribunal
nos una esta acusacion!
JUAN. Señora...
ENR. No tengais miedo,
mi amigo es noble y honrado.
MARIA. De mi honradez ha dudado,
duda quizá!
ENR. No, no puedo
creer que Juan... ¿No la has oido?...
¡Dila tú que se ha engañado,
habla!...
JUAN. Soy el abogado...
ENR. Suyo...
JUAN. (Con fria dignidad.) No; de su marido!
MARIA. Basta. Mi nombre, mi fama,
mi honor, mi joya querida,
el secreto de mi vida
y cuanto aprecia una dama,
de la paz corriendo en pos,
todo á usted se lo fié,
y pues me rechaza usté,
me acojo al favor de Dios.
Enrique, de esta mansion
do la desgracia se anida,
parta usted, parta en seguida
sin odio en el corazon!
ENR. Perdone usted que la exija
garantías al marchar.
¡Y qué hará usted aquí?...
MARIA. ¡Llorar,

y vivir para mi hija! (Váse)

ENR. De su pena eres testigo
y tu compasion no alcanza?

JUAN. (Mirando al fondo.)
Llega Alberto... ¡Oh, qué esperanza
de salvacion! Ven conmigo!

(Dice los dos últimos versos como asaltado por una idea feliz, y váse, remolcando á Enrique, por la izquierda.)

ESCENA X.

ALBERTO.

Ha anochecido completamente.

No, tampoco están aquí!
En vano los perseguí,
los viles me conocieron
y estremecidos huyeron,
cual fantasmas ante mí!
Fiero temblor me domina.
¡Qué oscuridad! Se avecina
la noche con su capuz!
¡Luz!

(Agita violentamente la campanilla y se presenta el criado.)

CRIADO. ¡Señorito...

ALB. Una luz!

(Sale y entra en seguida con un quinqué, que deja sobre la consola.)

CRIADO. Aquí está ya!

ALB. ¡Esa cortina!

(El Criado cierra herméticamente las cortinas de la ventana y sale.)

Contemplo mi honor perdido
cual sombra impalpable y vana,
lanzando eterno gemido
en los vidrios esculpido
de esa maldita ventana.
Y no la quiero mirar
la deshonra al recordar
que pude tras ella ver,

y la miro á mi pesar
y gozo en mi padecer!
¿Quién es dueño de sí mismo!
¿Qué voluntad no decae
si es débil el organismo,
y quién no mira al abismo
aun sabiendo que le atrae!
Do quiera inertes despojos
de un pasado que fascina
contemplo en tristes enojos!
¿Cómo entre tanta ruina
conservo enjutos los ojos!
¿Es que ya no sé llorar!
¡Es que mi llanto endulzar
pudo la hiel de mi labio,
ó es que el fuego del agravio
pudo el llanto evaporar!

(Se deja caer abatido sobre la butaca y oculta la cara entre las manos. D. Juan entra por la izquierda y se acerca lentamente á él hasta tocarle en el hombro.)

ESCENA XI.

ALBERTO, D. JUAN.

JUAN. Alberto, Alberto...
ALB. (Como despertando.) ¡Qué... quién?
Á qué turbar indiscreto
la momentánea bonanza
del mar de mi pensamiento!
JUAN. Perdone usted, mas la noche
ha llegado...
ALB. Y el silencio
con extrañas armonías
me presta dulces consuelos;
quiero olvidar, y en la nada
mi espíritu sumergiendo
no sé qué calma dichosa
me brinda dulce embeleso.
JUAN. ¿Olvidar! Y la venganza

y el deshonor!

ALB. (Levantándose.) Cierto, cierto!
Dormía en el paraiso
y las voces del infierno
me han despertado! ¿Y María
y el traidor?

JUAN. Ahora los dejo
en el jardin.

ALB. ¡Dios clemente!
(Se dirige hácia la ventana y retrocede.)
¡No me atrevo... no me atrevo!
Mirad... por esa ventana,
aún me espanto del recuerdo,
era una noche serena,
como esta, el límpido cielo
teñía la blanca luna
con su pálido reflejo...
jugueteaban las brisas
en los capullos abiertos,
y las fuentes murmuraban
sus misteriosos conceptos...
y allá, perdido en la sombra,
¡paréceme que aún los veo!
el grupo amante se mueve
y resuena el torpe beso!...
¡Quizá abriendo esa ventana
de nuevo el cuadro siniestro
miren mis ojos... Veamos!
(Va á abrirla y retrocede de nuevo.)
¡Tengo miedo, tengo miedo!

JUAN. Valor!

ALB. ¡Ay, si usted sintiera
el torcedor que aquí siento!

JUAN. Si estuvieran allí!...

ALB, ¡Oh!...
¡Allí los ví... por el cielo...
Si fueran tan insensatos!...
Bajad la luz... quiero verlo!
(Don Juan baja la luz del quinqué dejando casi á oscuras la habitacion; Alberto descorre con precipitacion las cortinas y abré la ventana de par en par.)

Que no comprendan... ¡Jesús!
(Se retira horrorizado de la ventana.)

JUAN. ¡Qué sucede?..

ALB. (Llevando frenético á D. Juan y haciéndole mirar por la ventana.)
¡Vedlos, vedlos!
¡Miserables... como entónces...
Abrazados! ¿Oís el beso!...
¡Maldicion!

JUAN. Matadles!

ALB. Sí...
morirán... estoy resuelto!
(Saca las pistolas, y dispara sucesivamente los dos tiros.)
¡Él! Ella! Los dos, los dos!
(Se retira de la ventana, prorumpiendo en una estridente carcajada, y viene á caer sobre la butaca, diciendo.)
¡Los he muerto, los he muerto!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, MARÍA, por la derecha trayendo de la mano á la NIÑA; por la izquierda ENRIQUE. JUAN vuelve á dar luz al quinqué.

MARIA. Alberto!

ENR. ¡Gran Dios!

MARIA. ¿Qué ocurre?

JUAN. (Deteniéndoles.) ¡Silencio por Dios, silencio!
(Colócanse, María á la derecha, Enrique á la izquierda, la Niña de pié apoyada en las rodillas de su padre. Pausa breve.)

ALB. ¡Señor, qué horrible agonía,
qué escena tan espantosa...
muertos los dos! ¡Ah... mi esposa...
¡Tú... él... Enrique!... ¡Hija mia!
(Besa frenéticamente á la niña.)

MARIA. Sí, tu esposa que se afana
por tu amor!

ENR. Que no olvidó!

ALB. ¡Entónces, qué he visto yo

á través de esa ventana?...
¡Qué sospecha... me da espanto...
Qué fatal revelacion!...
Luégo entónces... mi razon?...
¡Misericordia, Dios santo!
(Prorumpe en llanto desgarrador.)

MARIA. ¡Mírame, soy inocente!

JUAN. (Separándola de su lado.)
¡Callad, dejadle llorar,
que ese llanto va á borrar
las tinieblas de su mente!

ALB. ¡Qué es esto... ¡Esposa... hija mia!

JUAN. ¡Llegad!
(Las coloca á su lado. Alberto coge una mano de María y coloca la otra sobre la cabeza de su hija.)

ALB ¡Qué rayo de luz
rasga el fúnebre capuz
de mi existencia sombría?

MARIA. Alberto!...

NIÑA. Papá!...

ALB. ¡Las dos...
aquí, en mis brazos, que os vea!

JUAN. ¡Curó al fin!

MARIA. ¡Bendlta sea
la omnipotencia de Dios!

TELON.

	TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde

ZARZUELAS.

	Als lladres.....	1	D. Benito Monfort.....	Música
	Arturo de Foncarrale.....	1	N. Coll.....	Libro.
	Dos entre dos.....	1	Sres. Navarro y Rubio..	L. y M.
4 2 c.	El San Antonio de Murillo—o. v	1	Sres. Macarro y Rubio..	L. y M.
	En el fondo del mar.....	1	Sres. Cuartero, Ferrer y Hernandez..	L. y M.
	La carta de Elena.....	1	D. Julian Castellanos...	Libro.
	Los tomadores del dos.....	1	Sres. Fuentes, Alcon y Fernandez.....	L. y M.
	Mesa revuelta.....	1	Sres. M. Pina y Aceves.	L. y M.
	Una conspiracion.....	1	D. Manuel Fernandez...	Música
	Entre el Alcalde y el Rey.....	3	Emilio Arrieta..... ..	Música
	Las nueve de la noche.....	3	J. Casares. (*Mitad.*)..	Música
4 4	Compuesto y sin novia.....	3	M. Pina Dominguez..	L. y M,

Nota. Han dejado de pertenecer á esta Galería las comedias en n acto *Cazar en su mismo soto, Deuda de sangre, El duende de pa-acio, El festin de Baltasar, El hijo de D. Damian* y *Un dia fatal* a de tres actos, titulada: *El collar de esmeraldas;* las zarzuelas *Arriba; abajo, El inválido, Fuego en guerrillas, Los dos caminos, Paz con-ugal*, en un acto; *Dos Leones* y *María*, en dos actos; y han entrado formar parte de ella, todas las obras del catálogo de D. José María Iolés.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo, de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de los *Hijos de Fé*, calle de Jacometrezo, 44, y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LIRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.